

Milagro Maravilloso

GONZALO UGIDOS

Dijeron que el cambio consistía en modernizar el país, pero otros lo habían intentado antes. Contaban detrás con una tradición arbitrista que aspiraba a remediar los males con ungüentos de Fierabrás. Apelaban a una historia sembrada de heterodoxos, esquilaches y regeneracionistas que buscaron -no sin encontrarse resistencias numantinas- tornar los bueyes en tractores, las golas en cuellos de camisa y los teólogos y mistagogos en arquitectos e ingenieros. Dijeron que iban a hacer el cambio y están cumpliendo. El cambio y otras reconversiones van que echan humo: la modernización del país va alcanzando cetras nunca sospechadas. Y así, los artífices del cambio han obrado el prodigio de que una legión de ultramontanos trabucaires, nostálgicos de Trento y del Imperio, hijos de Balmes y de Donoso Cortés, esencialistas del palo y tentetieso, claqué entusiasta del general ferrolano, saliera a la calle pidiendo libertad.

Quién lo había de decir, quién lo había de pensar: los bomberos convertidos en incendiarios y los elefantes en mariposas. Como lo de hacer milagros no es cosa al alcance de un particular por muy ministro que sea y por más que haya estudiado en Oxford, habrá que barruntarse que las taumaturgias de Maravall, consiguiendo que las gentes, las guapas gentes, de Concapa, Fere, Cece y Fsie tomaran los bulevares al grito de libertad, son logro endemoniado o arte de hechicería. Quién sabe en qué infecto contubernio de brujas aprendió Maravall el conjuro maravilloso:

«Alumbra lumbre de alumbre,
Luzbel de piedralumbre,
que yo soy Maravall
y con esta ley
la rancia grey
se hará liberal»

Y se obró el prodigio. Daba gloria verlos enfundados en el Loden, gritando contra la Lode y pidiendo libertad. El cambio, la modernización del país no se paraba en nada. Era como si en un encantamiento propiciado por trasgos juguetones esas gentes hubieran perdido la memoria, el buen sentido, los papeles y jugaran al mundo al revés. Era un hapenning del absurdo, como si miles de ciegos hubieran asaltado las calles de Madrid pidiendo novelas. «Era la repanocha», habría dicho mi abuela. «No hay de qué asombrarse -habría replicado mi abuelo que hizo un combate nulo con Luis Buñuel en el año de la Tana- porque de todos los trasplantes que se están practicando con mayor o menor fortuna en este atormentado mundo -corazón, riñones, hígado, médula...- el que viene dando resultados más notables es, sin duda, el trasplante de chaqueta.»

Pero sí había de qué asombrarse, porque aquello no respondía a un trasplante de chaqueta. Ellos seguían siendo los mismos, gente fina afecta al buen orden, a las buenas costumbres, a la buena mesa, a las viejas esencias y a los nuevos diseños de Pertegaz, a los limpios zapatos italianos y a la guerra sucia. Estos flamantes liberales irredentos eran los mismos del «vivan las canas», pero -he ahí el milagro **maravilloso**- gritaban libertad por la avenida. Gritaban libertad que es el grito de los cisnes, pero no eran cisnes, eran tan sólo gansos de pescuezo largo.

-Así que libertad, pero ¿qué libertad? ¿Libertad condicional, libertad provisional, libertad vigilada, Libertad Lamarque, libertad para Tejero...?

-Libertad de enseñanza.

-Vaya por Dios.

-De eso se trata.

O sea, que ni milagro, ni hechizo, ni retambufas en vinagre. Todo fue un malentendido. Gritaban libertad, que es uno de los muchos nombres del negocio: «pienso cual tú que la libertad sólo es buena de un billete de Banco al dorso escrita.»

O sea, que ni milagro, ni hechizo, ni encantamiento de tragos, ni cambio, ni modernización, ni leches. Sólo era una fiesta. Era sólo un carnaval de travestidos. Se gastaron 1.500 kilos en la barrilada, pero el disfraz no les quedaba nada bien, porque la libertad no la diseña Pertegaz.

Alguien debió de indicarles que en buena ley la libertad se defiende también en el Parlamento y se fueron al Senado, que les pillaba cerca, y se liaron a enmiendazo limpio contra el vetusto edificio defendido por los «sociatas». Desde dentro José Federico de Carvajal se escudaba contra la algarada de enmiendas tras el articulado de la Lode y les gritaba filibusteros, que son todos ustedes unos filibusteros. Pero ellos sólo gritaban libertad mientras amontonaban una artillería de 4.150 enmiendas en el viejo palacio del Senado. Defendían la libertad con un vagón de enmiendas con mucha miga y densa enjundia. Había una, por ejemplo, que proponía, a mayor gloria de la libertad, se supone, que «no se enumeren los apartados de los artículos con números árabes, sino romanos». Claro que en este punto trascendental se manifestaron dispuestos a negociar, «por el bien de la patria - declaró uno de los manifestantes a T.E.- sacrificaríamos nuestras legítimas aspiraciones en este punto aviniéndonos a soluciones transaccionales, por ejemplo: que no sean ni números romanos, ni árabes, que cada apartado se introduzca con una letra del abecedario. Y aquí paz y después gloria».